

Carlos Ferrando

La delgada línea rosa

Con la colaboración de

CÉSAR HEINRICH

la esfera  de los libros

UN POCO MÁS SOBRE CARLOS FERRANDO

Cuatro líneas para que le conozcas un poco mejor. Carlos Ferrando se ha pasado un montón de años negándose reiteradamente a escribir algo parecido a unas memorias o unos relatos sobre su vida.

Le conozco desde hace más de treinta años y aún me sigo sorprendiendo cada vez que me cuenta alguna de las suyas, con personajes extremadamente reconocidos dentro y fuera de nuestras fronteras.

El tiempo pasa y me parece absurdo que los secretos que no ha querido contar en sus cincuenta años de profesión se queden en una parte de su cerebro.

Unos le conocerán por *Crónicas marcianas*, otros por *La Avispa* de la Ser, unos pocos por sus columnas de *Diario 16*, los más adultos por ser fijo de *Qué tiempo tan feliz* y los más jóvenes por sus intervenciones en programas actuales de televisión.

No sé cuál de todas sus vivencias puede interesar más. Lo que sí te digo, querido lector, es que al atreverte a abrir la primera página de esta narración, serás tú mismo quien descubrirá historias únicas, vividas en primera persona.

Si piensas que en cada capítulo solo te vas a encontrar anécdotas del principal protagonista, estás equivocado. En el transcurso de estas páginas, los personajes van y vienen, se mezclan, se acompañan y se alimentan.

Como su vida es una montaña rusa, este libro es igual. Lo mismo unimos el ayer con el hoy, el presente con el pasado y juntamos la noche con el día. Aunque de día, ha vivido poco.

A fin de cuentas, la gente que de una manera u otra le ha seguido se estará preguntando hasta dónde va a contar, hasta dónde se va a atrever... Pero si ha llegado al punto de agredir a Madonna por culpa de su devoción por Antonio Banderas y terminar con el malagueño en un tren camino a Barcelona durmiendo juntos la mona, y este solo es un ejemplo, ¿por qué no va a contar todo lo que sabe, ha vivido y se ha guardado hasta ahora?

Abre este libro y zambúllete en los rodajes de cine de los que ha sido jefe de prensa y en las miles de copas que se ha bebido siendo director tanto de Bocaccio como de Archy, locales emblemáticos de la ciudad de Madrid.

Todo siempre aderezado de actores y actrices famosas, celebridades, personajes internacionales, modelos, cantantes, presentadores y un sinfín de pedorras —de cuerpo diez y cero cerebro— y sinvergüenzas sin oficio ni beneficio.

Solo quiero decirte que disfrutes de esta lectura, de sus vivencias y de este periodista de lengua suelta, pluma viva y corazón de gominola.

Te pido que devores cada capítulo con tanto placer y entusiasmo como el que él ha puesto a la hora de escribirlos.

Sus cincuenta años de profesión, y también sus secretos, están en tus manos. Ahora es el momento de que el periodista del

puro cuente todo lo que sabe, nunca ha dicho y que innumerables veces le han pedido tanto los compañeros de profesión como los espectadores, oyentes y lectores.

Aquí le tienes, a corazón abierto.

Por fin se ha atrevido a traspasar la delgada línea rosa.

CÉSAR HEINRICH

ROCÍO JURADO Y LAS TRES VECES QUE ACARICIÓ MI ROSTRO

Para empezar a contaros, queridísimos lectores, el primer capítulo de estos recuerdos, tengo que confesar que yo nunca habría sido periodista estos últimos cincuenta años de no ser por la madre de Rocío Jurado: mi querida Rosario.

A principios de los setenta hice mi primera escapada a Madrid desde Sabadell (Barcelona), ciudad en la que residía. Mis padres (cartero y ama de casa) habían decidido, desde nuestra Cartagena natal, instalarse en Sabadell por motivos exclusivamente económicos. Contaba entonces veintiún años (nací en 1948) y tenía el servicio militar recién cumplido. Nunca pensé en quedarme para siempre en la capital. No tengo ni puñetera idea qué habría sido de mí si no lo hubiera hecho así, pero fue la mejor decisión que he tomado en mi vida. Madrid es para mí como lo que cuenta la canción de Juan Gabriel «Hasta que te conocí».

Unos amigos que fueron de los primeros con los que me relacioné en la capital me llevaron a ver *Cancionera*. Fui a regañadientes porque la copla y sus aledaños no formaban parte de mi educación sentimental. Serrat, Raimon, María del Mar Bonet,

Guillermina Mota y Núria Feliu eran mis referentes. El teatro Lara acogía a una recién llegada al *show business* patrio. Ya había hecho varias cosas y ganado varios concursos de radio, pero no era, para nada, cabeza de cartel. De nombre, Rocío Jurado.

Era atractiva y fresca, pero sobre todo estaba en posesión de una garganta tirando a prodigiosa. Estos amigos, fanes de la Jurado, insistieron en que pasáramos a saludarla a su camerino después de la función. A mí no me hacía ninguna ilusión porque, como ya he dicho, me gustaba otro tipo de música. Lógicamente no éramos los únicos que nos agolpábamos en la puerta, así que mientras llegaba nuestro turno salió la madre, doña Rosario, para decirnos que su hija se estaba cambiando y desmaquillando y que la esperáramos unos minutos. Con mi gracia habitual le dije que unos minutos no iban a ser porque en el espectáculo Rocío iba pintada como una puerta. Esto le debió de hacer mucha gracia a mi inolvidable Rosario porque empezamos a entablar conversación mientras «su niña» seguía quitándose chapa y pintura.

No tengo nada claro el porqué, supongo que como yo ya entonces hablaba como una locomotora Rosario debió pensar que «si este escribe como habla es perfecto para contestar las cartas», algunas muy atrevidas, que recibía la chipionera. Así que empecé a acudir un par de veces por semana a su casa y contestaba las misivas de sus fanes, mayoritariamente femeninas.

Doña Rosario siempre me trató muy bien. Cada vez que llegaba allí me ofrecía un cafelito y me hablaba de los grandes éxitos que su hija había tenido en Sevilla y en Jerez. Me hablaba de Pastora Imperio y de El Gitanillo de Jerez, me hablaba del tablao El Duende y me hablaba de su querida Chipiona, a la que yo no situaba en el mapa. A mí no me interesaba nada todo ese

mundillo flamenco, pero reconozco que aquellas charlas despertaron mi curiosidad sobre el pasado de la Jurado.

De temas banales pasamos a otros más personales. Recuerdo perfectamente cómo una tarde en la que me disponía a contestar las cartas que llegaban, me vino con un café, se sentó a mi lado y me empezó a contar, la amantísima madre de la futura estrella, que no veía con buenos ojos la relación que su hija mantenía con un apuesto empresario valenciano de nombre Enrique García Vernetta, cuñado de la cantante Salomé. «Demasiado guapo es este muchacho *pa* mi niña», me decía.

Pasé varios meses contestando las cartas, pero un buen día llegué y el ambiente estaba tenso. No sé el porqué, debía de ser que madre e hija habían discutido por algo importante. Ante tal panorama, espacié mucho mis visitas.

Pasado un tiempo salió en la prensa que el boxeador Pedro Carrasco, extremadamente conocido por entonces, estaba saliendo con Rocío Jurado. Esa tarde fui a la casa y doña Rosario me dijo que este sí le gustaba para la niña. Todos sus miedos se disiparon. Enseguida bendijo la relación y estuvo siempre convencida de que su hija no habría podido encontrar nada mejor.

Dejé de acudir al domicilio de la Jurado porque ya estaba en otros menesteres, como ser superfán de Esperanza Roy y acercarme todo lo posible a esa estrella. Aunque seguí en contacto con la familia. Me llevé estupendamente con el púgil. Lo conocí en Bocaccio, cuando yo ya pateaba la noche. Años después, ya separada la pareja, llegué a trabajar en su mismo edificio (Marqués de la Ensenada, 16) y en la misma planta. Él lo hacía en la tabacalera Philip Morris con su socio Ángel Nieto y servidor en la puerta de al lado, donde estaba la oficina de la discoteca Bo-

caccio, de la que posteriormente compré parte de las acciones con los trabajadores.

Pasaron más años y la hija de Rocío y Pedro se convirtió en una adolescente caprichosa, con pretensiones de llegar a *top model*. La Jurado me pidió a ver si podía colocar a su hija en alguno de los desfiles de mis amigos diseñadores, como Manuel Piña o los revolucionarios de la moda Paco Casado o Pepe Rubio. No hubo manera, ninguno aceptó. Entonces la madre coraje habló con el diseñador colombiano Carlos Arturo Zapata. Mi crónica en *Diario 16* sobre ese desfile no fue del gusto de la chipionera. Aludía a los tobillos de su hija, nada habituales en el mundo de la alta costura. No quisiera reproducir frase por frase aquella mi desdichada columna, pero si de columnas hablamos, hagan juegos de palabras y a buen entendedor... Esas «columnas» me propinaron el primer bofetón de la Jurado. Estuvimos un tiempo sin llamarnos siquiera. Pensaba que nuestra amistad se había roto para siempre.

La criaturita no insistió, convencida de que no había nacido para eso. También lo quiso intentar en el cine. La Jurado me pidió esta vez que intentara que su hija participara en alguna película de Almodóvar, nada menos. Corramos un tupido velo. Hoy confieso que ni siquiera se lo pedí, para qué. Fue tal la decepción de *madame* Jurado y tan brusca mi manera de decirle que su niña no servía ni para la moda ni para el cine que ella, como única respuesta, alzó su mano y la dirigió directamente a mi mejilla. Esa fue la segunda vez que Rocío acariciaba mi cara con su mano, y no para hacerme una carantoña.

Menos mal que, poco después, a la Campos sí le gustó la niña Carrasco. María Teresa daría con la clave. La hija de Rocío y Pedro servía para hacer televisión.

Cosas de la vida: la función *Azabache*, en la Expo de Sevilla 92, nos volvió a unir. Nuestra amistad no estaba en su mejor momento. El director, Gerardo Vera, me ofreció ser el jefe de prensa. No acepté por no poder desplazarme a menudo a la capital andaluza y por eso se encargó de ello mi buen amigo Javier Bellot.

Le dijeron a la Jurado que yo no llevaría la prensa, pero sí que le iba a hacer una entrevista en exclusiva para un dominical que compartían varios periódicos; ella sería portada y tendría diez páginas para mostrar todo el vestuario de la función, diseñado por la oscarizada Ivonne Blake.

Rocío ni me vetó ni se opuso a la entrevista. Me recibió como si no hubiera pasado nada. Hicimos las paces. Ahí volvimos a hablarnos.

Estuve invitado al estreno. Fue un exitazo del que todo el mundo escribía y hablaba maravillas. Pero también estuve el día de la despedida, donde se armó la marimorena. Os lo cuento: Rocío Jurado estaba inmensa en el espectáculo, jamás estuvo tan bien. A mí nunca me contó intimidades de *Azabache*, tipo quién estaba liado con quién y esas cosas que tanto me gustan, pero me consta que los chismes existieron. El día del último *show*, en un momento dado aparece Rocío Jurado en el escenario elevando la vista al cielo, consciente de que era el pilar de la obra —regalo especial de Felipe González a la cantante—, y se va derecha a una silla porque empezaba su momento cien por cien flamenco.

Como iba en todo su esplendor, alzando brazos y cabeza al universo, se sienta encima de una señora que ocupa dicha silla, naturalmente sin verla. La señora en cuestión era la directora del ballet y pareja del director musical. Atónita, la Jurado da un grito, media vuelta y se va del escenario. Se había rumoreado que

la protagonista de *Azabache* tenía relación, más que amistosa, con el director musical. Puede que la ubicación de esa señora, sentada en esa silla, no fuera una casualidad o un despiste. Puede ser que la señora en cuestión se hubiera hecho eco de los rumores. Puede ser que la Jurado se llevara un susto al ver su silla ocupada. Pueden ser tantas cosas...

Puritita casualidad fue que María Vidal, también muy buena amiga de la Jurado durante *Azabache*, estuviera entre cajas y que tras ver el desaguizado que se había formado saliera como un rayo al escenario. María siempre estaba muy cerca de la Más Grande. Como era la última representación, no llegó el numerazo a la prensa, pero se rumoreó de todo.

Poco tiempo después, Amador Mohedano llevó a su hermana a un dentista y, ¡¡oh, cielos, qué casualidad!!, ahí también estaba Ortega Cano y se inicia tan particular relación amorosa. ¿Se quiso tapar aquello que pasó en *Azabache*? Como dicen los franceses, *qui le sait*.

Creí que a partir de ahí ya nunca volvería a tener nada que ver con la Jurado, pero el puñetero destino, que es tan frívolo como yo, nos unió una vez más.

El productor Luis Méndez me llamó para llevar la prensa de *La Lola se va a los puertos* (1993), la última película de la chipionera. El estreno fue en Sevilla. En el teatro Cervantes, ahora reconvertido en cine. La estrella tenía que llegar en un coche de caballos, junto a Pepe Sancho, hasta la puerta del teatro, pero el tiempo pasaba y no aparecía. Un servidor estaba esperando hecho un flan. La Jurado se retrasaba más de lo normal y la llamé. Me dijo que ya casi estaba. El público se puso nervioso, querían ver a la protagonista. Los minutos corrían y todo el mundo se

impacientaba. Empezaron los primeros silbidos y volví a llamarla. Resulta que, aunque el doctor Mariscal llevaba tiempo diciéndole que no podía comer jabugo ni beber champán, ella, con el subidón del estreno, se había permitido ese caprichito. Bueno, mejor dicho, se había puesto hasta donde la espalda pierde su honroso nombre de ambas cosas.

La vuelvo a llamar y me dice esto: «Carlangas —así me llamaba de forma cariñosa—, que no entro en el traje que me han hecho los Victorio y Lucchino, que con el *jamonsito* y el *champsísimo* me he hinchado y no entro. Tendrás que decir que me retraso un poquitico».

Ante tal conmoción, y con todo el público abucheando por la tardanza, los diseñadores salieron escopeteados al hotel para, literalmente, embutirla en el modelo. Pero ahí no termina la cosa. Quedaba lo mejor.

Cuando finalmente entra en el cine donde iba a proyectarse la película, la bronca y los «fuera, fuera» ya eran majestuosos. Pero demostrando una vez más que ha sido y no habrá otra mejor, sin que nadie se lo pidiera se puso a cantar a capela el himno de Andalucía. El público seguía en pie y los pitos se convirtieron en ovaciones. Una vez más la Más Grande había conseguido lo que quería.

Nuestra amistad volvía ser como el Guadiana, iba y venía, pero siempre desde el respeto y la admiración. Ella sabía que yo no comulgaba con Ortega Cano ni con ese matrimonio. En mis crónicas, cuando podía, le daba una de arena y varias de cal a la relación. Siempre tenía la duda de si la Jurado leía mis columnas.

Hasta que un día, en la boda de Manuel Díaz, *el Cordobés*, y Vicky Martín Berrocal, estando yo fuera del hotel donde se hospedaban para hacer mi trabajo como periodista, Rocío salió con

Ortega por la puerta y me arreó un bofetón sin mediar palabra. Así descubrí que sí me leía. Lo que había escrito sobre Ortega, sobre su matrimonio y sobre que no le daba buena vida, no le debió de gustar nada. Hubiera preferido que me diera los buenos días antes que propinarme aquel sonoro tortazo, y de su boca salieron palabras que ya ni recuerdo. Bonitas no debieron ser. Ese fue el tercer bofetón de la Jurado. Ahora, escribiendo esto, me vienen pensamientos del tipo «qué pena que se fuera tan pronto, me hubiera gustado que volviera a rozarme la cara con sus manitas».

Rocío Carrasco fue la que me dio la noticia de que su madre estaba tan enferma. Fue en Telecinco, en maquillaje. Ella, a la que después de muchas tiranteces he aprendido a querer, me dijo que la chipionera iba a anunciar que padecía un cáncer. Mi conmoción fue tal que me puse a llorar como un niño. Y entre lágrimas, y con la cabeza totalmente ida por la noticia, me senté en un sillón de la sala de maquillaje que no me tocaba, uno al azar.

De mi espalda salió una voz que dijo: «¡¡Coño, que te has sentado encima de mí!!». Era María Antonia Iglesias, que estaba esperando su turno. Ella nunca supo el motivo de mi despiste. Es que no la vi, tanto por mi enajenación mental momentánea como por su tamaño en el sillón. Pedí disculpas por aquel atropello, pero ni caso.

Aún hoy resuenan las palabras de la hija de la Jurado en mi cabeza. Lo he podido comentar con ella, hace un tiempo, en el programa *Lazos de sangre*, donde coincidimos varias veces.

No se lo he dicho nunca, pero he estado muy de acuerdo con todo lo que dijo y expuso en su documental. Estoy convencido de que si la Jurado levantara la cabeza diría por fin: «Qué orgullosa estoy de ti, hija, y qué valiente has sido».

Hablando de Rocío Carrasco, a la que conozco desde que nació... Criada entre algodones, nuestra relación ha sido bastante complicada. Ahora, justo cuando escribo esto, está en su mejor momento. En 2021 coincidimos en varios programas de televisión (*Lazos de sangre* y *En el nombre de Rocío*) y me sorprendió que, durante las publicidades, cuando aprovechamos para salir a fumar, fue ella la que me buscó. En esos ratitos hablamos de nuestra relación y de las cosas que nos han pasado. Ambos reímos porque no todas han sido buenas.

En esas conversaciones descubrí que Rocío es muy del presente y de las cosas que le pasan ahora. No me sacó nunca ni a su madre ni el pasado que habíamos compartido. Eso me gustó mucho. Es muy como yo: para atrás, solo para coger impulso.

Testigo de lo que cuento, Fidel Albiac. He de decir que a mí siempre me ha caído estupendamente y estoy seguro de que es el hombre de su vida. Lo digo con rotundidad. Después de lo que ha sufrido, creo que Fidel le ha hecho mucho bien.

Pero vayamos a los principios. De pequeña, Rocío Carrasco era una preciosidad. Muy simpática y divertida. Siempre estaba apoyada por Juan de la Rosa, mano derecha de Rocío Jurado. Este y un servidor, a espaldas de la cantante, nos íbamos a veces de juerga por diversos bares poco recomendables para la época.

La Carrasco en la adolescencia, sin embargo, se torció un poco. La criatura supongo que estaba convencida del poder materno y quiso ser muchas cosas, como modelo o actriz, para las que no estaba preparada. Digamos que, como ya he contado, en nuestro país los que tenían que ponerla en la pasarela o delante de una cámara de cine no comulgaban con su talento.

También recuerdo que escribí que ella se había enamorado de un guardia civil «trincón». Eso no le gustó a la Jurado, que

me lo hizo llegar vía terceras personas. Supongo que defendía a su niña, pasara lo que pasara.

Esa historia nadie pudo pararla. La niña estaba enamorada, qué le vamos a hacer. Ni Rocío Jurado ni Pedro Carrasco pudieron hacer nada por quitarle la venda de los ojos.

Aquella relación olía a peligro y por no tener una bronca más con la madre, me quité de en medio.

Mi sorpresa fue que ya una vez separados Rocío y «el ser», como le llama ella, aparecí en una portada de una revista llamada *Dígame*. Era una cosa cutre, de papel malo, y en dicha portada se leía el siguiente titular: «Carlos Ferrando ¡acusada!». A una foto mía la habían puesto unas rejas con Photoshop. Para los coleccionistas de *fricadas*, tiene fecha de 5 de noviembre de 2000. Lo mejor es que de subtítulo ponía: «La “a” es un error informático como el de Ana Rosa».

Ante mi estupor, me compré el fanzine para ver quién lo dirigía y descubrí que lo hacía un ¿empresario? llamado Emilio Rodríguez Menéndez y entre sus colaboradores estaba el ex-guardia civil. Qué buena alianza, ¿no? Recordad que el ¿empresario? había sido el abogado de «el ser» y en esa misma revista contaban que habían demandado a la Jurado. El dueño y editor escribía: «En uso de la representación que ostento, promuevo demanda incidental relativa a la protección del derecho al honor, a la intimidad personal y familiar contra la siguiente persona: la artista llamada Rocío Mohedano Jurado».

Para abreviar, la Jurado había dicho en un programa de televisión americano que «a raíz de su separación matrimonial, mi hija Rocío estuvo a punto de cometer una barbaridad. Por eso agradezco que Fidel haya aparecido en su vida, por lo alegre y

feliz que la veo». Por esta y otras cuantas perlas más, ¿empresario? y cliente habían pedido una indemnización de mil millones de pesetas. Algo más de seis millones de euros.

Echando la vista atrás, me doy cuenta de todo lo que este señor, «el ser», ha rajado sin que nosotros, la prensa, lo hayamos parado.

Desde entonces, siempre evitaba encontrarme con el ex de Rocío Carrasco, y no siempre lo conseguía. Nos veíamos en *Crónicas marcianas* y pese a que él era tremendamente educado, era yo el que le cortaba porque ya le tenía inquina.

Ahora, con el tiempo, mi puzle mental se ha colocado y tengo todos los datos. El brutal testimonio de la hija de mi amiga ha sido muy doloroso para mí porque yo he vivido la otra parte, la de la ocultación de lo que pasaba en casa. La Jurado nos decía que no diéramos bombo a «rumores, que la madre hacía lo imposible por defender a su hija ante cualquier sospecha de lo que fuera»; te pedía: «No escribas sobre eso porque no es verdad», y «a cambio te voy a dar un titular que te va a gustar». Eso lo hacía la Jurado. Eso lo hacía la madre.

Creo que la chipionera era mucho más lista de lo que todos sospechábamos y tenía las cosas muy claras. ¿Es posible que la gala final, esa de TVE, la dejara en manos de Fidel a sabiendas de que a su hermano no le iba a hacer gracia?

Tengo una conversación pendiente con Rocío Carrasco. De esas de vino y chimenea.

Y tengo pendiente bajar a Chipiona a ver el Museo de Rocío Jurado.

Tengo pendientes tantas cosas con vosotras, Rocíos, que espero tener vida para ver cómo aúllan las alimañas ante vuestros triunfos.

ESPERANZA ROY
LA QUE PUDO SER CHICA ALMODÓVAR,
ME SALVÓ LA VIDA

Esperanza Roy era un mito para los gais a principios de los años setenta, cuando la conocí. Yo aún vivía en Sabadell. Trabajaba ya en *Fotogramas*, la revista de los cinéfilos de la época y que sigue publicándose en la actualidad.

Uno de los motivos de venirme a Madrid fue mi ciega admiración por Esperanza. En uno de mis primeros viajes a la capital, en 1972, me planté en su camerino de un pequeño teatro en Chueca, ya desaparecido, que posteriormente se convirtió en la sala de fiestas Long Play, regentada por la presentadora de TVE Marisa Medina.

Esperanza interpretaba *Play patricio*, obra escrita por Emilio Romero. Cuando llamé al camerino, ella se estaba peleando con su *partenaire* y director de escena, Alberto Closas. He de reconocer que su carácter me sorprendió. Servidor iba cargado de recortes de prensa y muchos artículos de la revista *Fotogramas*. Yo escribía sobre lo muchísimo que me gustaba el género musical y lo hacía con un pseudónimo. No me cortaba ni un pelo en alabar a la vedete. Los artículos que publicaba no podían ser con otro nombre que el de

«Amante de una esperanza, la Roy». La verdad es que se emocionó mucho al ver la cantidad de recortes que le llevaba y desde ese momento no nos separamos. Me convertí en su secretario, algo para lo que yo no estaba preparado porque mis sentimientos eran algo más que los de una simple relación de jefa y trabajador. Debido a nuestra amistad tan particular, el cariño se ha mantenido en el tiempo. Hasta ahora mismo que escribo estas líneas.

Otra de las personas que admiraba a la Roy era el escritor Terenci Moix. Nos conocimos un día en un bar de copas en Barcelona y acabamos la noche en Bocaccio, donde a mí solo no me hubieran dejado entrar. Por entonces yo tenía diecinueve años y no pertenecía a la *Gauche Divine* catalana. Hablando nos empezamos a enterar de que a ambos nos gustaba la Roy. Guardo unas líneas que Terenci le dedicó: «A *miss* Roy le sostuvieron el báculo muchas cofradías de mariquitas, en el buen sentido de la palabra. Sería injusto limitarla a ese papel, pues aparte de ser una *locaza* soberana, es una gran artista».

Quedamos un día para comer y en el segundo plato me dijo que si me atrevía a hacer unas líneas para la revista *Fotogramas*. Le expliqué mis intenciones de irme a vivir a Madrid y a él esto le hizo gracia. Habló con Elisenda Nadal y Jesús Ulled, matrimonio y dueños de la publicación, para decirles que tenía un candidato perfecto para escribir las cosas que iban a pasar en el *show business* madrileño. Que sepáis que *Fotogramas* era una revista muy barcelonesa que se publicaba en toda España, aunque su centro neurálgico estaba en la Ciudad Condal y por eso no tenían enviados especiales en ninguna otra ciudad de España. Enseguida me dijeron que probara en un par de números y, claro, a mí solo me dio por escribir de la Roy. Les encantó.

A Terenci y a mí nos gustaba salir por la noche, ir al teatro —era fan de Enric Majó, que luego fue su pareja— y compartir horas hablando de las divas del celuloide. A él le fascinaban las diosas gais tanto como a mí y a veces competíamos por ver quién sabía más de las historias de esas mujeres. Por supuesto que él ganaba siempre porque su sabiduría del mundillo nacional e internacional era tan grande que no ha habido otra igual hasta la fecha.

Como chascarrillo os diré que muchos años más tarde estuve a punto de escribir las memorias de Sara Montiel, a la que yo le presenté, pero después de hablar con ella se dio cuenta de que no había por dónde coger aquella fantasía de vida que le contaba la manchega.

Fuimos muy amigos hasta sus últimos días. Me dejó asistir a alguno de sus míticos programas de TVE, al que traía famosos de medio mundo. Es de las mejores personas, generoso y amable, que he conocido. Y no, nunca me tiró los tejos si es lo que estáis pensando. Los amigos son amigos y, aunque hay algunos con derecho a roce, este no era el caso.

Volviendo a la Roy, ella tenía una relación con Manuel Lozano Trotonda, que estaba en prisión por cuestiones económicas. Las estafas estaban a la orden del día en aquellos tiempos. Mi relación con Manuel era bastante buena y junto a Esperanza fui a verle más de una vez a prisión. La última visita que le hicimos estuvo a punto de cambiar mi vida para siempre. En un momento dado, Manuel nos pidió que nos casáramos. Nosotros dijimos que sí, pero la cruel realidad lo impidió. No supimos el motivo de esa petición hasta que pocos meses después nos enteramos de su fallecimiento. Supongo que quería ver a Esperanza feliz con alguien que la quisiera tanto como yo.

La vedete se quedó muy triste con la noticia, pero al poco apareció el hombre de su vida, Javier Aguirre, y un servidor decidió dar un paso atrás porque la actriz estaba tremendamente enamorada de quien luego la hizo mucho más feliz que ningún otro.

Enseguida llegó el *boom* Roy, primero con *La señora es el señor*, una revista de la compañía de Zori-Santos, muy reconocida en aquellos tiempos. En pleno éxito del espectáculo, con el cartel de «no hay localidades» colgado un día sí y otro también, se convocó una huelga de actores (1975). Los productores de la revista, muy reaccionarios ellos, no estaban de acuerdo con eso de la huelga, pero llegada la hora de abrir las taquillas, es decir, a las cinco de la tarde, *miss* Roy salió con un servidor colgado de su brazo, orgullosísimo, hacia la Puerta del Sol para manifestarnos por la «explotación laboral en el mundo actoral».

No prestamos la menor atención a las amenazas de despido por parte de los productores de la compañía.

La noticia que nos había llegado es que la policía se había atrevido a arrestar a Rocío Dúrcal por negarse a trabajar los siete días de la semana. Todos los actores progresistas pedían descansar un día, pero cierto sector de la profesión no estaba dispuesto a aceptarlo. Fue una dura lucha, pero al final se reconoció el hoy llamado día de descanso de las compañías. Fue la primera huelga de actores de la historia. No había pasado en ningún país del mundo. Hoy, no tener un día de descanso en cualquier profesión es impensable.

Volviendo a la Roy, que se me va la pinza, el siguiente espectáculo musical fue su consagración nacional, *Por la calle de Alcalá*. Un proyecto largamente acariciado por el gran Ángel Fernández Montesinos, que él no hubiera llevado a cabo sin ella.

Aunque el libreto estaba escrito para Esperanza, los que ponían el dinero querían a otra más «comercial» de la época. La valentía de Ángel fue clave para que la Roy consiguiera un hito: que la revista durara un montón de años en cartel girando por toda España. Un récord que ni la gran Celia Gámez había conseguido.

Curiosamente, la estricta Gámez acabó siendo una fan más de *miss* Roy. Las dos le pidieron al productor Luis Sanz que les buscara una película para trabajar juntas, y esa fue *Mi hijo no es lo que parece*, apología gay con números de revista. Algo que, en 1974, con Franco aún vivo, llamaba bastante la atención.

Para entonces yo seguía trabajando como ingeniero técnico en INITEC (Empresa Nacional de Ingeniería), colaborando en la construcción de una refinería en Tarragona y militando en Comisiones Obreras.

Os estaréis preguntando qué hace un tipo como yo en una refinería de petróleo. Pues bien, ya viviendo en Madrid, vi un anuncio en el que se buscaban administrativos para una empresa. Escribí, me hicieron una prueba y me aceptaron. Mi puesto era el de activador de materiales, es decir, que tenía que controlar los materiales que se compraban para la construcción de la refinería. Yo trabajaba en la capital, pero cuando se construyó la primera refinería de Tarragona, allí que me mandaron como supervisor.

Entonces no existía el puente aéreo, pero sí unos autobuses que unían Madrid y Tarragona. Anda que no me he hecho kilómetros ahí...

Ahora que lo pienso, manda cojones cómo engañé al que me hizo la prueba, y es que yo por entonces solo tenía morro, sabía escribir a máquina, poseía una verborrea que podía ven-

derte un burro volador o cualquier cosa, y también suerte, mucha suerte. ¡Qué coño hacía yo en la construcción de una refinería si lo único que me ha gustado en la vida ha sido el *show business*! Eso y convencer a los trabajadores de que lo mejor que podíamos hacer en aquellos momentos era una huelga general para reivindicar nuestros derechos laborales. Recordad que acabo de decir que estaba en Comisiones Obreras.

Cuando regresé a Madrid, ya con la refinería construida, ella, la Roy, seguía trabajando en la misma revista.

En una de esas noches de éxito de mi amiga, me dice que nos vayamos a tomar una copa a Alcalá 20. Javier se había ido a su casa porque entonces aún no vivían juntos. Ya estando en la discoteca, yo me quería quedar más tiempo, pero ella se empeñó en que la llevara a su piso. Y como nunca la he podido negar nada...

A las seis de la mañana sonó el teléfono. Era una Esperanza muy asustada. Casi ni reconocí su voz: «Menos mal que no se te ha ocurrido volver, maricón, que te conozco. Se ha incendiado el Alcalá 20 y ha muerto mucha gente».

Literalmente me salvó la vida porque mi idea, como bien sabía mi amiga, era quedarme de fiesta hasta el cierre. Una copa y una charla, entre otras cosas, siempre han sido mi perdición.

Tras el éxito de *Por la calle de Alcalá* —que recordemos que hasta tuvo una segunda parte y disco incluido, algo inusual en este tipo de género—, vinieron grandes producciones teatrales y laureles en el cine como por *Vida perra*, con la que ganó, fuera de concurso, el premio a la mejor actriz en la bienal de Venecia.

De la Roy no hay que olvidar que en su currículum profesional están también *Así que pasen cinco años*, de García Lorca, y *La dama boba*, de Lope de Vega, con el Teatro Estable Castellano

(TEC), gracias a las cuales consiguió hacerse un hueco entre las llamadas actrices serias de la escena. Como anécdota quiero contar que la reina doña Sofía, tras el estreno de *La dama boba*, fue al camerino a decirle que nunca se había reído tanto con un texto clásico.

Pero a *miss* Roy se la recordará, sobre todo, por su forma de bajar las escaleras en cada número final de una revista, al galope, cuando todas las demás vedetes, y digo absolutamente todas, aprovechan ese momento para lucir sus encantos haciéndolo pausadamente.

Antes de terminar este capítulo, no puedo pasar por alto su dramón con Pedro Almodóvar.

Yo me entero, por la propia Esperanza, de que había un papel que le iba como anillo al dedo. ¿Os imagináis a la Roy haciendo de la madre de Victoria Abril en *Tacones lejanos*? El papel original era el de una cabaretera que se iba a México y triunfaba cantando canciones como «Piensa en mí». Luego, como ya hemos visto en la cinta, el cineasta lo sofisticó todo muchísimo.

Mi sorpresa fue mayúscula cuando la Roy, llena de emoción, me llama para contarme que había posibilidades de que fuera una de las actrices protagonistas. A mí me sonó raro porque un rato antes Rocío Jurado me había llamado para darme la misma información. La explicación era que la Jurado no entendió que Pedro solo la quería para que cantara las canciones y no para que saliera en la película.

Nunca sabré si el papel se lo dio a Marisa Paredes, y no a mi querida Esperanza, porque a mí se me ocurrió contar todo esto en una ácida crónica de las mías. A lo peor metí la pata porque a Pedro no le gusta que desvelen nada de sus proyectos y supongo que por eso mi amiga se quedó sin ser chica Almodóvar.

Gracias a que años más tarde Félix Sabroso y Dunia Ayaso —un beso allí donde estés— la dirigieron en *Perdona bonita, pero Lucas me quería a mí*, la Roy volvió a ocupar su sitio. Una comedia que fue un taquillazo y por la que Esperanza se llevó unos cuantos premios. Recordemos su frase «qué desolación tiene esta nevera», que hacía aplaudir a la gente en las salas, y por la que algún crítico llegó a escribir que Almodóvar había perdido la ocasión de tener a Esperanza entre su elenco de chicas.

A día de hoy tengo poca relación con ella, ya que no quiere trabajar y ni siquiera prestar su presencia para un homenaje en televisión. Tras la muerte de Javier Aguirre, el gran amor de su vida, ha decidido que la soledad sea su mejor compañía.